

Pártense los cansados todos juntos ,
Mientras de su sosiego el tiempo dura ,
A gozar de las treguas , y entre tanto
Descansan de la guerra , y yo del canto.

CANTO XII.

Al són del arma despertó la aurora,
Temerosa dejando sus umbrales,
Vertiendo, en vez de lágrimas que llora,
Las perlas de sus ojos orientales:
La santa luz del sol, que el mundo adora,
Anunciaba á los miseros mortales,
Renovando á sus cuerpos el quebranto,
Y ella á sí misma por Memnon el llanto.

A la cuadra del sol las horas bellas
Fueron con lento y perezoso paso,
Quitándoles la luz á las estrellas,
O haciéndosela dar con rayo escaso ;
Y despertando á Febo la una de ellas,
Eunomia, diputada para el caso,
Contando la salida de la aurora,
Hizo salir al sol la bella hora.

La noche negra con su vista escapa,
Y al paso que su manto va cogiendo,
Tienden las nubes de humedad la capa,
Al sol que va su cara descubriendo :
Con ella á los mortales su luz tapa,
Mientras sobre el ejército corriendo
Pasa, y cubierto del espeso muro ;
Que en guerra tal no vive el sol seguro.

Las moscas atalayas que velando
Toda la noche lóbrega estuvieron,
Estaban á los suyos espantando,
Los sucesos contándoles que vieron :
Muchas aves nocturnas que volando
Andaban por los aires, conocieron
Los agoreros tristes, que en sus voces
Juzgaban á los hados por atroces.

Tras la corneja el buho veces varias
Por las sombras se vieron, y las suertes
Se mostraron esquivas y contrarias,
Amenazando con infames muertes :
Si alguna vez las altas luminarias
Dejaron verse, sus efectos fuertes
Al uno y otro campo descubrian,
Tales, que de enemigos parecian.

Echaron los astrólogos juicios
Por las constelaciones de los astros,
De malévolos todos dando indicios
Conjeturables y siniestros rastros :
Ningunos ¡ gran dolor ! fueron propicios ;
Todos dieron señales de padrastrós ;
Con la desnuda espada el rey Cefeo,
Y con la vil Gorgonia el gran Perseo.

Los miembros del dragon Hesperio oprime
Tirintio valeroso, que la maza
Otra vez con denuedo y fuerza esgrime,
Y con muerte segunda le amenaza :
Desde su trono Júpiter sublime
El rayo ardiente, de Vulcano traza,
Colérico arrojó con truenos altos,
A la tierra causando sobresaltos.

Dando aullidos y voces el mochuelo,
Pasó por el ejército con queja
De la triste señal que daba el cielo
De que infinitas muertes apareja :
A la siniestra mano echó su vuelo,
Grazando tristemente, la corneja,
Y el cuervo dijo la desgracia en vano
Cuando echó el vuelo á la derecha mano.

¡ Oh entendimiento bárbaro y siniestro
De la hormigena turba y la mosquina,
Cuya desgracia lamentable nuestro
Por ser la más notable y peregrina !
¿ No os predijo volando el daño vuestro,
Vuestra desgracia y misera ruina,
La trasformada en ave Nictimene,
Si esta más que las otras la previene ?

Cuando las liendres en honor matastes
Del dios armipotente, ¡ oferta rara !
Y el futuro suceso examinastes,
Poniendo humor sabeo ante su ara,

Entonces, ciega turba, ¿no mirastes
La muestra cierta, indubitable y clara,
Que os dieron de sucesos tan crueles
De las liendres los nervios y las hieles?

Quando á cien piojos cruda muerte distes
Para aplacar las iras celestiales,
Y un hecatombe tan solemne hicistes,
Que ha habido pocos en el mundo iguales,
Entonces, gente bárbara, ¿no vistes
Las muestras evidentes y señales
Que dieron de los piojos los menudos,
De que os amenazaban golpes crudos?

Quando á sulcar el cimico viaje
Salistes, ¿no probastes uno á uno
El tratamiento malo y hospedaje
Que os hicieron las ondas de Neptuno?
¿Del leveche no vistes el coraje,
Y del austro soberbio y importuno
Los pestíferos truenos y las balas,
Del mal que os cerca ya señales malas?

¿No sois testigos que infinitas veces
A vuestros capitanes y magnates
Del mar robaron temerarios peces,
Dándoles sepultura en sus gaxnates?
Las címicas riberas ¿no son jueces,
Tras las recias tormentas y combates,
Que en la orilla á infinitos compañeros
Vuestros tragaron pájaros rateros?

Pues si vistes los astros de los cielos,
A Eolo y Neptuno conjurados,
Y amenazándoos la ruina y duelos
La fuerza inevitable de los hados;
Si el cuervo y la corneja con sus vuelos
Lo mismo os anunciaron, desdichados,
Con tantas suertes de señales malas,
¿Cómo no revolvisteis vuestras alas?

¿No le fuera mejor al miserable
Sanguileon, que dentro de sus muros
Huyera del peligro inevitable,
Gustando dulces y catando puros,
Que no sufrir del hado inexorable
Las iras tristes y los golpes duros,
Y estarse, por no ver tantos trabajos,
Chupando los decrepitos gargajos?

¡Oh barriliense rey, oh rey de Buta!
¡Oh tártaro sin par! mejor te fuera
Que no salieras á la arena enjuta
Ni pisaras la címica ribera:
El Mosquifuro con su maña astuta
Darte la muerte entre su red espera,
Y vengar en tu cuerpo la matanza
Que hizo en los suyos tu caballo y lanza.

Mas ¿para qué me pudro y me deshago
Llorando ajenos duelos, si con esto
Al dudoso lector no satisfago,
Ni cumplo por mi parte lo propuesto?
Lleven de su locura el justo pago,
Pues contra el cielo, á su intencion opuesto,
Sola su voluntad quieren que baste
Para que la del hado se contraste.

Ya del negro garbanzo la cabeza
Al cuerpo el rey Sanguileon arrima,
Y cubre con soberbia su cabeza
Del yelmicañamon, arma de estima:
Ya salta con furor y ligereza
Sobre el bravo morcillo, y puesto encima,
El asta jabalina empuña, y brama
Por buscar al Mirnuca y ver su escama.

Ya de la piel del negro escarabajo
Sus miembros cubre el tábano, y la espada
Colérico registra, á cuyo tajo
Se esconde la Tizona y la Colada:
En solo un salto, sin algun trabajo,
La silla singular sintió ocupada
La avispa; que era el tábano ligero,
Y pica de jinete y caballero.

Sobre un caballo de la misma casta,
Que no discrepa del pulgón perdido,
Cuya lealtad y ligereza basta
A poner á Bucéfalo en olvido,
Sale el cénzalo rey, y lleva el asta,
Que de otro caracol el cuerno ha sido,
Y de las recias habas las cortezas,
Por armas y blason de sus proezas.

Del nocturno murciégalo se viste
La ala el crudo Mirmillon, y sale,
Aunque á la vista en el aspecto triste,
Con furor que no hay diablo que le iguale:

Sobre el lomo de un zángano se embiste,
Que tanto como el otro valió, vale,
Por ser caballo de la misma casta;
Que esto y no más para alabálle bástá.

Ya el tártaro se viste de la uña,
Para que á los sacrilegos crueles
De la montaña les castigue, y bruña
En su lisura sus horrendas pieles:
Ya del gato montés el asta empuña
Y el escudo fortísimo, armas fieles,
En cuya ofensa y resistencia funda
Humillar la contraria baraunda:

Ya las escamas del Mirnúca fiero
Desde su campo al otro resplandecen,
Que hechura hermosa de templado acero
A quien las mira con la luz parecen:
Sobre la yegua del volar ligero
Sus miembros valerosos ya se ofrecen,
Y la lanza del lomo del pescado
Coge en la mano y se la arrima al lado.

Ya de la piel del arador se cubre
El Caganielo, y sobre el lomo alto
Del largo caballete se descubre,
Porque en la silla se plantó de un salto:
Con el escudo fuerte el pecho encubre,
Y de paciencia, y no de esfuerzo, falto,
Pide la lanza el pulga foragido,
Por sus botes indómitos temido.

Ya el montañés á su langosta larga,
De cólera insufrible y rabia lleno,
El grave peso de sus miembros carga,
Y acomoda en la mano el duro freno:
Ya con la pupa sin temor se adarga,
Y escupiendo espumajos de veneno,
La zanca fuerte de Cigarra afierra,
Con que piensa dar fin á tanta guerra.

Ya las lanzas de espiga aprisa abarca
Del Granestor soberbio la cuadrilla,
Y armado ya el hormigena monarca,
Sube en la bestia y su dorada silla:
Ya el chinche fiero, de las moscas parca,
Las pelotas enciende con que humilla
Al Mirmilion temido y arrogante;
Que estos los rayos son de aquel gigante.

Ya por el campo las bombardas suenan
Que tira el Mosquifuro, y los oídos
De los soldados con temor atruenan,
Dejándolos sus voces aturridos:
Ya los fuertes sonipedes condenan
Ser por los duros frenos detenidos,
Y el hierro muerden, las narices hinchan,
A los truenos responden, y relinchan.

Ya los incitadores instrumentos
En los ecos del campo dan sus voces,
Y rompen por los altos elementos,
Y al cielo suben prestos y veloces:
Temiendo titubean los asientos
De los dioses de allá, y en las atroces
Tinieblas del imperio del espanto
También de las chicharras se oyó el canto.

Parten á un tiempo moscas y mosquinos,
Cenzalinos, abejas, mirmiliones,
Tábanos y andaluces, en los finos
Aceros enristrando sus lanzones:
Resisten sus orgullos repentinos
En juntos y formados escuadrones,
Pulgas, chinches, hormígenas y arañas,
Con brio igual y cóleras tamañas.

El bando alado de la mosca fuerte
Salió con un furor tan temerario,
Que no hay aquí comparacion que acierte
A asimilar su brio extraordinario:
Con más furor que cuando hinchado vierte
Por mi segunda patria el teucro Acuario
El cántaro colmado, y por sus cuevas
Bajan las aguas con estruendo prestas;

Con más sin duda estruendo, espanto y riza,
Por caminos y partes diferentes,
Toda la alada turba se desliza,
Amenazando las contrarias gentes:
Allí del corazón el fuego atiza
La enemiga feroz de los vivientes,
La Euménide solicita Meguera,
En la caterva que á la chusma espera.

La pulga encuentra al rey Asinicedo,
Y el Fífolgel al tabanESCO espera;
Topa al chinche Putrifola el Mirpredo,
Y el tártaro al Mirnúca en la carrera:

El Granestor reprime su denuedo
Al rey Sanguileon, y desde afuera
El Mosquifuro, que la guerra mira,
Mil culebrinas desde el muro tira.

Trábase la batalla, matan, mueren
Del un campo y el otro los soldados;
Hieren al Fífolgel; las pulgas hieren
A los que fueron para herirle osados:
Ya no hay hormigas que al mosquino esperen;
Ya vuelven los mosquinos retirados;
Ya la gran multitud el Cénzalo huye;
Ya el tábano cruel la disminuye.

Vuelve la rienda al largo caballete
El Caganielo, y desde léjos viólo
El Cénzalo gallardo, y arremete
A verse en campo con el pulga solo:
Aprieta los talones el jinete
Al ligero pulgon, y refrenólo
Cuando le vió tan cerca, que bien pudo
Desafiarle para el trance crudo.

«Pulga soberbia, dijo, pulga fuerte,
Conmigo eres en campal batalla;
Que há muchos años que procuro verte,
Y probar el valor que en tí se halla:
¡Qué dichosa y feliz será tu suerte!
Tanto, que no procurarán vengalla
Si á la infanta restada en su convento
Tu cabeza en sus manos le presento.»

No le dió el Caganielo la respuesta,
Porque á sus armas le comete él dalla;
Y el asta aguda de su cardo apresta,
Para que hable por él mientras el calla:
La cornigera suya á punto puesta
El Cénzalo llevaba á la batalla;
Este la espuela á su pulgon arrima,
Y al caballete largo aquel lastima.

¡Oh qué soberbios botes y qué guerra
Entre la pulga y Cénzalo se traba,
Pues uno de la vida se destierra,
Y otro de haber vencido no se alaba!
Mordiéndolo queda el Cénzalo la tierra;
Que ya la vida al pobre se le acaba:
¡Oh miserable infanta, y cómo siento
Ver cuán mal se te logra el casamiento!

Era la lanza de la pulga aguda,
Pues del orbe del haba no hizo caso,
Y por armas tan bélicas no duda
Hallar al pecho del mosquito paso:
Fué su lanzada tan terrible y cruda,
Que, pasándole el cuerpo, dió al ocase
Con la vida del Cénzalo, que habia
Llegado al hilo de su mediodía.

Muerto queda el mosquito; mas no puede
Decir la pulga que se queda viva,
Pues el tiempo llegó en que muerta quede,
Perdida el arma suya defensiva:
No tiene escudo que al contrario vede
Que no ejecute en él su fuerza esquivada;
Deshizosele el Cénzalo famoso,
Aunque era un hongo fuerte y espacioso.

Al largo caballete dió una herida
Que su cuerpo bestial tendió en el suelo,
Dejándole sin velos y sin vida,
No con poco dolor del Caganielo;
Mas el pulgon leal, viendo perdida
La vida de su dueño, alzando el vuelo,
Por los campos corrió, donde tendido
Al Putrífola halló muy mal herido.

Pero la chinche, alzando la cabeza,
De tierra el pecho con dolor levanta,
Y al fin sacando fuerzas de flaqueza,
Puso en el suelo la una y otra planta:
Al caballo los pasos endereza,
El pié siniestro en el estribo planta,
Sobre el arzon la mano, y así puesto,
Echó para subir su fuerza el resto.

¿Adónde subes, chinche sin ventura?
Atrevido Faeton, ¿á qué te pones?
¿Al caballo del sol (¡gentil locura!)
Te atreves á arrimarle los talones?
Pues matárate si tu intento dura
En tan locas y vanas presunciones:
¿No sabes que era el Cénzalo mancebo
Dese Flegon, incomparable Febo?

Apenas sube el general letirio,
Cuando el pulgon indómito se ensaña,
Dando á la chinche el último martirio,
Arrojando su cuerpo á la campaña:

De su cárdeno pecho en humor tirio
El miserable capitan se baña ;
Huye el pulgon caballo , y no consiente
Que otro sobre él , muerto su rey , se siente.

El pulga , viendo que dejaba muerto
El capitan de gente cenzalina ,
Con el yelmo de mijo va cubierto
Del mosquito , á quien hiere y arruina :
A pié llega al ejército encubierto ,
Y hácia un tábano grande se encamina ,
Al cual le dió tal golpe con su lanza ,
Que le hizo dar el alma por la panza.

Viólo el Mataballo y no consiente
De la atrevida pulga la proeza ;
Y volviendo las riendas prestamente ,
Para el tabanicida se endereza :
Alza la espada el tábano impaciente ,
Y dale sobre el yelmo en la cabeza
Un tan horrendo y singular golpazo ,
Que le partió por medio el espinazo.

No le fué de provecho al Caganielo
De mijo el yelmo , ni la piel vestida
De la bestia arador , pues en el suelo
Con sus armas se queda y sin la vida.
Pero ¿ qué grito súbito hasta el cielo
Volando sube , que la voz herida

A los astros altísimos se queja ,
Y entre los ecos sus acentos deja ?

¿ Si es el Sicaboron ? Mas no ; el Mirpredo
Es sin alguna duda , que agoniza
Contra el fuerte Mirnuea y su denuedo ,
Cuyos golpes el aire solemniza :
De alguna gran desgracia tengo miedo ;
Porque si el Mirmilion se encoleriza ,
Es un fiero demonio , y hará harto
La hormiga si se libra de su esparto.

¡ Oh qué terribles golpes se sacuden ,
Tales que á todas las catervas fuerzan
A que del sitio sin tardar se muden ,
Y los intentos comenzados tuerzan !
Todos á dar favor al suyo acuden ,
Y por no ser los últimos se esfuerzan ,
Y allí la lid entre los dos se acaba ,
Y otra entre todas más feroz se traba.

Suena el ruido y espantoso estruendo
Entre los campos dos de tal manera ,
Como cuando entre llamas está hirviendo
El agua y hortaliza en la caldera ;
Que como el hierro al fuego está impidiendo
El derecho camino de su esfera ,
Las hojas bullen y las olas brotan ,
Y en su cóncavo espacio se alborotan ;
Así sucede allí ni más ni ménos ;
Que como á centro suyo , á la venganza
Acuden los soldados , de ira llenos ,
Haciendo unos en otros gran matanza :
De allí levantan temerarios truenos ,
Y la fuerza del grito al polo alcanza ;
Que más pierde el soberbio la paciencia ,
Si hay más en el contrario resistencia.

Entre la gente el Granestor acecha
Al rey Sanguileon ; parte y camina
Contra el mosca feroz con la derecha
Lanza , que al cielo su largura empina :
Con su escudo la mosca se pertrecha ,
Y enristrando la fuerte jabalina ,
Al Granestor la muerte le anticipa ,
Metiendo el porcipelo por su tripa.

Salió del triste rey el alma pobre
Al lago Estigio con su horrenda muerte ,
Otro dejando , que hasta el mar salobre
Llega , de sangre que su cuerpo vierte ;
Y porque el campo de las moscas cobre
Nuevo vigor , sobre su lanza fuerte
La cabeza del mísero levanta ,
Con cuya empresa la victoria canta.

Apenas por el campo se divisa
El tremendo espectáculo y funesto ,
Cuando un temor y mortandad precisa
Oprime de la hormiga al largo resto :
El grito triste al Mosquifuro avisa ;
Baja por la muralla y llega presto ,
Y asombrando con voces la campaña ,
Anima á los hormigas el araña.

» ¿ De qué , dice , temeis , progenie loca ,
Cuando más la firmeza es necesaria ?
¿ En qué dudais , cuando mejor os toca
Privar de vida la virtud contraria ?

¿Quién vuestras fuerzas con furor apoca?
 ¿Qué locura soberbia y temeraria
 La fuerza en vuestros ánimos ahuyenta,
 Sin ponerlos delante vuestra afrenta?
 «Ya llega mi zancuda compañía,
 Con cuyas balas en espacio breve
 Castigaré la grande alevosía
 Dese enemigo mosca, dese aleve:
 Vereis, si acompañais la gente mía,
 Cómo su sangre mal nacida bebe:
 Tiendan las redes, las salmas tapen;
 Que aun los tábanos mismos no se escapen.»
 ¡Qué golpes sin piedad que se están dando
 El Mirnuca y el rey de la Mosquea,
 Que están solos aparte peleando,
 Sin que la gente sus rigores vea!
 En tanto que el araña predicando
 A las hormigas, su temor afea,
 ¡Oh qué soberbios tajos y reverses
 Que en los yelmos se dan y en los paveses!
 Ya en infinitas piezas el escudo
 Del general Mirnuca está deshecho,
 Y ya el Sanguileon muestra desnudo
 Sin la corteza de garbanzo el pecho:
 ¡Oh qué golpazo tan horrendo y crudo
 Contra el hormiga fuerte va derecho!
 Y ¡oh qué porrazo extraño que el Mirnuca
 Le arroja, con que el yelmo le machuca!
 Si el yelmicañamon no le resiste,
 Tengo por cosa indubitable y cierta
 Que la persona de la mosca triste
 Quedara entonces con el golpe muerta;
 Mas ya el araña con su gente embiste,
 Dejando en sangre y mortandad cubierta
 La tierra, adonde el Mirmilion procura
 Resistir de la araña la locura.
 Con una y otra rigida pelota
 Al Mirpredo feroz persiguen tanto,
 Que la ala de mureiégalo está rota,
 Que es de su cuerpo el acerado manto:
 Sobre el zángano fuerte huyendo trota,
 Metiendo entre la turba horror y espanto,
 Y arrójale un letirico vasallo
 Un globo, y mata al zángano caballo.

Cayó, y el rey tras él; y al mismo punto,
 Sin que más de la silla se levante,
 Con sus zancas el pueblo arañil junto
 Al Mirmilion prendieron arrogante:
 El Mosquifuro le dejó difunto,
 Porque, como iba solo más delante,
 Al punto que al Mirpredo tuvo preso,
 El cocote le hirió, y sorbióle el seso.

No sufrió más la mirmiliona turba
 El furor que sus gentes disminuye;
 Todo mosquito con temor se turba,
 Y muerto su caudillo, huir concluye:
 El paso el Mosquifuro les perturba,
 Porque por todas partes donde huye,
 La trampa encuentra el Mirmilion, y queda
 En la prision, sin que escaparse pueda.

Infinitos mosquitos llevan presos;
 No queda mirmilion que no perece
 Entre los hilos de la red espesos,
 Que es lazo que la muerte les ofrece:
 No parece quien venga los sucesos;
 El furor sobrepuja, el grito crece;
 Oyeno el fuerte tábano y mosquino,
 Y parten como fiero torbellino.

El Mosquifuro sus pisadas siente;
 Vuélvese al punto con presteza rara,
 Y como rayo abrasador y ardiente,
 Un grano de mostaza le dispara:
 No llega el fuego al tábano valiente;
 Pero pasando el humo por su cara,
 Por las narices se subió, y al punto
 Le dejó de un volcan hecho trasunto.

Entra como un desesperado entre ellos,
 Y por espesas puntas se abalanza,
 Cortando piernas y segando cuellos;
 Que es grande su valor y su pujanza:
 Empiezan la batalla estos y aquellos,
 Haciendo unos en otros tal matanza,
 Que parece que intentan que no quede
 Gente en el mundo que su especie herede.

¡Oh cómo muestra el tábano su esfuerzo,
 Contra la araña astuta haciendo hazañas,
 Que no parece sino al viento cierzo
 Contra las flacas y ligeras cañas!

Pero al Sicaboron la pluma tuerzo ,
Que va corriendo echando las entrañas
Tras las pulgas y piojos que retira ,
Que todos van huyendo de su ira.

Sin caballo va el tártaro, que deja
El suyo sin el alma en el arena ,
Y por esto del tábano se aleja ,
Para que lleve, quien le hirió, la pena ;
Pero ya la venganza le apareja ,
Pues á muerte tan mísera condena
A los piojos y pulgas , que el cuchillo
Pudieron ser de su caballo grillo.

Y como suele el fuego que se enciende
Del árbol de la selva en una rama ,
Y de una en otra su furor extiende ,
Y con mayores fuerzas se derrama ;
Con los soplos del Africo se enciende,
Y al cielo encumbra su abrasante llama ,
Y por las arboledas abre paso,
Al umbroso lugar dejando raso ;

Así tras gente bélica infinita
El tártaro feroz matando pasa ;
Del caballo la pérdida le incita
A vomitar el fuego que le abrasa :
Llamas inmensas de furor vomita,
Que la campaña va dejando rasa
De la caterva infame montañesa ,
Que á su castillo se retira espesa.

Como escuadra de cabras á quien sigue
El lobo robador, así la gente
Moviendo va los piés ; que los persigue
Como leon el tártaro valiente :
Temiendo van que el lobo los castigue ,
Que ya para cebarse muestra el diente :
¿ Qué digo lobo ? Al diablo semejante
De atrás , huye la chusma de adelante.

Chinches , piojos y pulgas á porfia
Ellos mismos se van atropellando ,
Oyendo el alto grito y vocería
De aquellos que iba el tártaro matando ;
Y al paso que sentían que venía ,
Iba el temor sus pasos alargando :
¡ Oh miserable chusma ! ¡ Qué vecina
Llegando va vuestra total ruina !

Antes de entrar el levantado muro
Del presidio de aquella gran cabeza
De la vaca , que el fuerte Mosquifuro
Escogió por asilo y fortaleza ,
Estaba un foso hondísimo y oscuro ,
Que en aquel sitio abrió naturaleza
Por boca de la tierra , con que ruega
Que el cielo le dé el agua que le niega.

No hubiera pulga que , aunque más ligera ,
A dar un tranco al temerario foso
Con sus ligeros saltos se atreviera ,
Por ser trance terrible y peligroso :
Tan grande salto , si le diera, fuera ,
Que desde allí al infierno tenebroso
Saltara sin dudar la pulga loca
Por aquella anchurosa y honda boca.

Una soberbia trabe de centeno
Hace el oficio de anchurosa puente,
Por donde, sin temor del hondo seno ,
Pase al castillo la atrevida gente :
Iba el camino de catervas lleno ,
Y tras ellas el tártaro impaciente ,
Haciéndoles á todos ser forzoso
Pasar la puente ó descender al foso.

De piés se llena la anchurosa trabe,
Y al espacio la gente sobrepuja ;
Sobre ella tanta máquina no cabe ,
Y por pasar de presto, se arrempuja :
El de Buta volando como un ave ,
A quien la rabia el corazon estruja,
Pasa; y viendo los otros que se acerca ,
Su muerte miran que se llega cerca.

Al fin el Barriliense fué tan presto
Cercano de la puente, que en llegando ,
Por no ver los contrarios su mal gesto ,
Se fueron en el foso sepultando :
Estaba el espectáculo funesto
El mosquino cruel considerando ,
Abrasado en furor , porque quisiera
Que á sus manos la máquina muriera.

Más de un millon en la profunda grieta
De la tierra quedaron sepultados ;
Mas no por eso el tártaro se quieta
Ni deja de seguir los desdichados :

El puente pasa la caterva inquieta,
De miedo más que de valor cargados,
Y al castillo cabeza de la vaca,
Camina á más correr la gente flaca.

Sigue el alcance el Barriliense, y tanto
Cercano á los contrarios parecía,
Que á muchos dellos les rindió el espanto
Que sus débiles ánimos cubria:
Dobla la gente fugitiva el llanto;
Resuena el alarido y vocería;
Llénase el campo de inauditas quejas,
Y dan del Mosquifuro en las orejas.

Revuelve entonces la cabeza, y mira
Tanta caterva por los campos muerta,
Y los golpazos que el de Buta tira,
Cercano del castillo y de su puerta:
El araña varon, que, lleno de ira,
La vista tiene en lo que pasa alerta,
Mira el Sicaboron que los alcanza,
Y en el castillo sin temor se lanza.

Deja cercado el campo sutilmente
De redes más sutiles que fué aquella
En que Vulcano al dios armipotente
Prendió en los brazos de su Vénus bella;
Y partiendo más presto y diligente
Que baja por los aires la centella,
Vuela, y tras él la máquina zancuda,
A dar al chinche, pulga y piojo ayuda.

Escucha el grito, y sin temor repara
En cuanto puede el daño, y presuroso
Él y los suyos con astucia rara
Se aprovechan del arte caviloso:
Espesos lazos por las puertas pára,
Y hace al castillo sin salida coso,
Adonde como toro de Jarama
El Barriliense endemoniado brama.

Era el enredo de la red espeso,
Y fuerte tanto, que era necesario
Quedar en él el Barriliense preso,
O matar el ejército contrario;
Y para asegurar el buen suceso,
La araña con su ingenio extraordinario,
Por sus maromas, que esta es su costumbre,
Bajaron sin trabajo y pesadumbre.

Entre tanto el Mirnuca al pobre y triste
Sanguileon, por entre espesas puntas
De armas contrarias, denodado embiste,
Hasta mostrarse las presencias juntas:
El infierno en los pechos se reviste,
Pareciendo sus caras más difuntas
Que vivas; que las cóleras fervientes
Pusieron blancas sus morenas frentes.

Ponen á punto la una y otra lanza,
Y cuando en la carrera ya empareja
Con el mosca el hormiga, sin tardanza
La muerte el uno al otro le apareja:
En el yelmo al hormiga el mosca alcanza,
De suerte que pasando por la oreja
El lancipelo, le llevó un pedazo,
Sin que el yelmo sirviese de embarazo.

El general hormiga, quebrantado
Viendo el yelmo sin par, y que la herida
Fué de manera que del diestro lado
Llevó su media oreja dividida,
Revuelve furibundo y denodado
A quitarle el orgullo con la vida,
Y quitósele, al fin, su lanza espina,
Sin valerle al moscon la jabalina.

Por medio á medio del contrario peto
Pasó la lancirraspa sin reparo,
Que no pudo tenerlo en tanto aprieto
De la corteza negra el temple raro:
Cayó el Sanguileon, cayó en efeto,
Mirando todo el campo el hecho claro
Del Mirnuca; que él solo entre su gente
Pudiera dar la muerte al rey valiente.

Luego el hormiga la victoria canta,
Y el tabaneco su desdicha llora,
Y la caterva, tras miseria tanta,
Viendo que la fortuna se empeora,
Con temor el ejército levanta
Convocando los suyos, que á la hora,
Viendo la vida de su rey perdida,
Todos encargan á los piés la vida.

Parte del campo la caterva rota,
Y por la parte al parecer segura
Toma toda la chusma la derrota,
Huyendo el golpe de la suerte dura:

Todo el mosquino bando aprisa trota
 Maldiciendo la suerte sin ventura,
 Y miran tras el misero fracaso
 De espesas redes ocupado el paso.
 Mas este no fué grande inconveniente
 Tras la gran mortandad de la refriega;
 Porque luego llegó la andaluz gente
 Con la mosca de Arjona y la manchega:
 Rompen las telas fuertes prestamente,
 Y el tábano también tras ellas llega,
 Que cortó con su espada sin trabajo
 Bien treinta cuerdas de la red de un tajo.
 Así escapó la misera caterva
 Del Mosquifuro astuto y de sus lazos,
 Del armá del Mirnuca cruel y acerba,
 Y de la muerte y de sus fuertes brazos:
 La fuga de la muerte les reserva,
 Que aunque están de la guerra hechos pedazos,
 Animales á huir el miedo fuerte;
 Que tiene grande esfuerzo el de la muerte.
 Retumban los acordes instrumentos
 Del victorioso hormiga, en que publica
 A los celestes orbes y elementos
 Contra las moscas la victoria rica:
 A todos sus soldados ya contentos
 El opimo despojo les aplica,
 Y ellos, alegres, su valor pregonan,
 Y el victor todos hasta el cielo entonan.
 Solo el moscon Sicaboron, cercado
 De enemiga canalla en el castillo,
 Está de matar gentes fatigado,
 Sin costra escudo y sin caballo grillo:
 El cuerpo con rigor estropeado,
 Agonizando el misero caudillo,
 Por muchas partes rota el arma fiera,
 Sin penacho ni forma la cimera.
 Baja volando el diablo Mosquifuro
 Con su gente inventora de cautelas,
 Dejando del castillo el ancho muro
 Todo cercado de sutiles telas:
 Y al Barriliense dice mal seguro:
 «En vano en la defensa te desvelas,
 Pues no valdrá tu ardid ni tu pujanza,
 Tus armas uña ni bigote lanza.

« Conviénete, infeliz, que al punto mueras
 O en mi poder á la prision te entregues;
 Escoge lo que más á gustó quieras
 De lo que te propongo á que te allegues;
 Si no es que como loco acaso esperas
 Que con tu sangre mal nacida riegues
 La tierra adonde estás: á prision date,
 Si no es que más estimas que te mate.»
 «No temo vuestros fieros, gente bruta,
 Que no tengo temor ni me acobardo,
 Responde á todos el señor de Buta,
 Que solo vuestros impetus aguardo.»
 Y contra la caterva vil y astuta
 Revolviéndose el tártaro gallardo,
 Dando á sus vidas miserables fines,
 El jabalí parece entre mastines.
 A un rincon el magnánimo se arrima,
 Porque era parte al parecer más buena,
 Y saca de la vaina la hoja fina,
 Que á tres pulgas dejó sobre la arena:
 A quien le mira pone espanto y grima,
 Y á muerte á quien se llega le condena,
 Cuya sentencia está con sangre roja
 Escrita en el acero de su hoja.
 El Mosquifuro por prenderle llega
 Algo más cerca que las otras gentes,
 Y el tártaro, zis zas, le arroja y pega
 Un golpe y otro por cabeza y dientes:
 Con tanta fuerza por el pecho entrega
 La espada, que en dos partes diferentes
 Se quedó de la araña el cuerpo fiero,
 Y dividido en medios el entero.
 Levanta la zancuda compañía
 El grito viendo muerta su cabeza,
 A cuya inopinada vocería
 La hormiga gente á alborotarse empieza:
 Los fuertes pasos el Mirnuca guía
 Hacia la bien cercada fortaleza;
 El foso pasa por el puente, y halla
 Sin entrada ni puerta la muralla.
 Con piés y manos por el muro arriba
 Va gateando un número infinito,
 Por ver qué furia del placer les priva,
 Y en la zancuda gente causa el grito:

Sube arriba la turba vengativa
A castigar del miseró el delito,
Y ven de gente muerta una montaña,
Y partido por medio el rey araña.

Del tremendo espectáculo se admiran,
Y jugando la espada temeraria,
Entre gran multitud de arañas miran
Al pagano de Buta en la Tartaria :
Apenas bien le ven , cuando le tiran
Por partes mil la máquina contraria
Mil traves gruesas de encendidas pajas ,
Queriendo hacer al tártaro migajas.

Nubes de piedras , y de tierra cargas
Del muro llueven , que al moscon sepultan ,
Y entre las brasas de las traves largas
El cuerpo vivo del de Buta ocultan :
Con tantas pruebas para el triste amargas,
Que de la tierra salga dificultan ;
Mas el moscon ¡ prodigio nunca visto !
De entre la tierra y traves salió listo.

Tira tras ellos , y ellos la fiereza
Del colérico tártaro temiendo ,
Vuelven con ansia espaldas y cabeza ,
De los golpazos que les tira huyendo ;
Mas él con nunca vista ligereza
La miserable chusma va siguiendo ,
Y brotando veneno por los ojos ,
Brazos de chinches corta y piés de piojos.

Cien heridas el tártaro tenia ,
Todas mortales , y por cada una
Un arroyo de sangre le corria ,
Que hicieron á sus piés una laguna ;
Y aunque por tantas bocas le salia
El alma noble , no hubo hormiga alguna
Que á ponérsele junto se atreviese ,
Sin que su muerte más cercana viesse.

Su poco á poco á la muralla llega ,
Y al contrario mostrándole la cara ,
La espalda fuerte con el muro pega ,
Y con él se recoge y se repara ;
El Mirnuca colérico reniega ,
Viendo virtud en el jayan tan rara ,
Que á tanto pulga , piojo , chinche , hormiga ,
Siendo un solo moscon , así persiga.

Por la muralla el general acude
Sobre la parte adonde el mosca fuerte
Golpes extraños con furor sacude ,
Y rabia y sangre blasfemando vierte ;
Y para que más presto á darle ayude
La ya cercana inevitable muerte,
Una invencion diabólica ejecuta
Contra el esfuerzo del señor de Buta.

Manda que luego al punto cien soldados
De varonil esfuerzo el paso alarguen,
Y de los fuertes tormos más pesados
Uno , el mayor , sobre sus hombros carguen ,
Para que , siendo todos avisados,
Desde el alto del muro le descarguen
Adonde , sin qué valga el fuerte casco ,
Venza el pesado golpe del peñasco.

Cien hormigas varones al instante
Parten ligeros más que el mismo viento ,
Y afierran una máquina bastante
A despreciar las fuerzas de otros ciento :
Pónenle al bravo general delante
Un grano de haba , tal para su intento ,
Que no tuviera á mucha maravilla
Que hiciera á treinta tártaros tortilla.

Ponen por linea recta el fuerte grano
Los soldados valientes con destreza,
De suerte que del tártaro pagano
Amenazaba la sin par cabeza ;
Y haciendo señas con la diestra mano
El general diabólico , la pieza
Disparan por mandado del Mirnuca ,
Y dánle al pobre tártaro en la nuca.

El globo apenas la caterva arroja,
Cuando oprimido del soberbio peso,
Se vió nadando entre la sangre roja
De la cabeza del de Buta el seso :
De vida al miserable le despoja,
Y este fué el espectáculo y suceso
Del odio horrible y el rencor interno
Que provocó las furias del infierno.

